

LAPALABRA

YELHOMBRE • REVISTA DE LA UNIVERSIDAD VERACRUZANA

Luis Solano

“La Gran Obra de Síxir y Ádikhar”

La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana

Número 73, julio-septiembre de 2025, pp. 10-13.

ISSN: 01855727

Xalapa, Veracruz, México



Universidad Veracruzana
Dirección Editorial

La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana
Lic. Benigno de Nogueira Iriarte Núm. 7, Col. Centro, C.P. 91 000
Xalapa, Veracruz, México
Tel. 8 42 17 00 / ext. 17 820

La Gran Obra de Síxir y Ádikhar

Luis Solano

“Y la biblioteca de Helviakantis se llenó de hongos y esporas, y los hongos estrujaron los papiros y los tratados hasta que la baba putrefacta escurrió las letras. Entre las pérdidas, hubo un conjunto de pergaminos que habían sido escritos antes de la Tercera Purga. Ese conjunto, según los magos, era llamado El *Al-Suti*. Lo que queda de él es poco, y eso que queda, aunque es insignificante, no se ha transcrito en el idioma original por temor a una maldición. Su traducción fue hecha por un patriota de Iléavis, pero de dicha traducción solo había un ejemplar... hasta hoy, gracias a los maestros de nuestra academia, que viajaron hasta allá, escucharon la historia, y hoy traen aquí una fiel versión que fue parafraseada porque el traductor quiere que su traducción literal sea única y se quede en su Liceo”. Eso es lo que tienen que decir mañana, cuando les pregunten.

La que les dejo aquí, amigos, es la copia con la que llegó hoy la familia de *El Perro*. La tomé prestada, por así decirlo. Así que dense prisa. Pongan a treinta escribas a copiarla. En la madrugada iré a la Academia de *El Perro* a dejarle su versión, manchada con algo. Ya pensaré con qué. Cuando empiece el congreso, quedará como un

mentiroso. Será un miserable perro, mentiroso y humillado.

En fin. Copien:

La gente del sur, en Fersos, solía venerar una pintura que una caravana mantenía en peregrinación perpetua a través de las ciudades, los pueblos, las llanuras y la fría estepa. La pintura iba siempre oculta dentro de un palanquín cargado por sacerdotes, y estos eran acompañados por un séquito más o menos largo de camellos y hombres. Así lo hacían desde tiempos muy remotos y olvidados.

Según el dogma, la pintura mostraba la fiel imagen de Ádikhar (dios de la ceguera, de la luz detrás de la montaña), y verla habría ocasionado la muerte. Se comprende que la apariencia de la pintura era un misterio.

Los peregrinos viejos, los enfermos o los cadáveres eran reemplazados sobre la marcha, al pasar por lugares habitados, donde siempre había alguien dispuesto a emprender el viaje.

El ritual de adoración era sencillo. Había que arrodillarse ante las carpas que velaban la pintura, y depositar comida o dinero para la perpetuación de los acarreadores de la Gran Obra. Los más temerarios eran libres de asomarse al interior de las carpas y dejar su ofrenda ante la



imagen, pero por su propio bien no debían abrir los ojos.

Muchos se cuestionaban, naturalmente, si existía la pintura. Hay quienes juraban haberla visto, pero sus descripciones no coincidían. Esto los llevó a decir que la ausencia de dos descripciones iguales no era prueba de que mentían. En todo caso, aquello demostraba que la pintura no se revelaba igual para todos, ya sea porque cambiaba dependiendo del espectador o porque sus trazos eran muy confusos.

Luego de haber permanecido dos o tres días en algún lugar,



Héctor Vicario: De la serie *Mayordomía en Xico, Ver.*

la caravana se iba. Y después, al cabo de muchos años, reaparecía, siendo su viaje un continuo retorno a sitios ya recorridos, pero cambiados por el paso del tiempo.

Un día, achacada por nuevas circunstancias, la caravana tuvo que desviarse hacia un poblado por el que nunca había pasado. Se internó en la cicatriz de un cañón ventoso, profundo y oscuro.

—El pueblo es así y tiene esto y lo otro —les había dicho un beduino al que le pidieron ayuda—. Sigán la grieta del cañón.

Le hicieron caso.

La tierra —cuarteada, pajosa, fría— crujía bajo los muchos pies y las muchas pezuñas. Un viento helado se descuartizaba entre los colmillos de la barranca y les entumecía las caras. Las antorchas chisporroteaban, acosadas por las corrientes de

aire. Al voltear más arriba, el cielo parecía estrangularse cada vez más entre las cimas apretujadas. Una o dos estrellas se resistían a ahogarse en el aplastamiento.

Alguno se preguntó si la grieta se estaba hundiendo, o si ellos se hundían al avanzar.

Adelante, después de sortear una retorcida vuelta, se distinguió el poblado. La visión alivió a los viajantes. Los pies les ardían, el hambre los mareaba.

Se presentaron ante los curiosos, y los curiosos dijeron que no hacían falta presentaciones. Su forma de hablar, sorprendentemente, no era extraña. Eran gente alta, morena, de rostros terrosos y cascarudos. Sus ojos brillaban sin vida a la luz del fuego, como esferas de vidrio incrustadas en la mugre.

Los habitantes dijeron que ya conocían, de oídas, el misterio de la pintura. Conocían también las historias de los incrédulos que no podían dar dos descripciones iguales. Y allí, en ese hoyo aislado, la mayoría tampoco creía.

Los rostros terrosos, rostros duros, fueron rodeando la caravana. Los viajeros cambiaron otra vez miradas de soslayo, tratando de decidir qué hacer, tratando de leerse el pensamiento.

Uno de los peregrinos sintió una mordida en el brazo, y la sangre brotó de su carne abierta. Sorprendido y colérico, se sacudió y le dio un puñetazo al extraño que lo hostigaba. El extraño era un niño, que lloró y gritó al caer de espaldas sobre la tierra. Cundió la inacción, una inacción tensa. Hubo ruido de metales deslizándose, abriéndose paso entre las vainas.

Unos guerreros, habitantes de la grieta, delataron su presencia con el golpetear de sus escudos al moverse. El niño ya se había levantado y se lanzó con la boca ensangrentada (¿sangre suya o del peregrino?) hacia el hombre que lo había apartado.

Otro grupo, con los ojos vidriosos bien abiertos, aulló al fondo y golpeó con barras de bronce unas piezas robustas y huecas, herrumbrosas, que los moradores de la grieta parecían atesorar a modo de alarma. Entonces el resto de los pobladores se unió a aquel grito de batalla, que zigzagueó por el cañón hasta colmar el aire frío.

Los viajeros se achicaron ante la sonoridad del grito. Sonó a que había más enemigos de los que parecía. Y así era. Unas siluetas oscuras se asomaron entre unas rocas enormes, rocas que se habían desgajado de los barrancos hacía mucho tiempo.

De más allá, de la casa más

grande y céntrica, salieron dos personas. Eran hombre y mujer. Lanzaron un grito sostenido y fuerte. El hombre, al notar que su voz no se sobreponía al tumulto, sopló una especie de cuerno. Era el cuerno de un animal enorme, seguramente extinto. Dominados, los moradores de la grieta bajaron las armas y se quedaron cabizbajos.

Algo un tanto diferente pasó con los peregrinos, quienes, enceguedidos por el frenesí, tardaron en comprender la situación. Mataron o hirieron a un par de moradores antes de detenerse. Por entonces, dichos peregrinos tenían una jefa juiciosa, que hizo sonar un silbato para calmar oficialmente a su comitiva.

El hombre y la mujer se acercaron a la líder del silbato, que debieron juzgar que era su contraparte, que era la autoridad. Cambiaron palabras con ella, apartados, mientras los acarreadores de la Gran Obra miraban con cautela a su alrededor, como esperando una traición. Y así fue: uno de los hombres de cara terrosa, uno de los más altos, tomó su cuchillo y atravesó el cuello prevenido de un camellero. Unos pocos habitantes de la grieta se unieron a su despertar de violencia, pero la mayoría no. La mayoría permaneció completamente inmóvil, como uno de esos autómatas metálicos que hay en el país de Qinghai.

Un breve descontrol se desató alrededor del camellero degollado. Un escudo fue pateado. El hombro de alguien fue alcanzado por las lanzas. Una piedra rebotó contra un yelmo.

Estaban tan entregados a la saña, que no vieron acercarse al líder de los habitantes del pueblo. Al verlo, los guerreros de cara terrosa se cuadraron, con excepción de uno, que era el que había empezado la pelea. No si-

guió atacando, pero tampoco agachó la mirada ni soltó el arco que se había agenciado. La jefa de los camelleros volvió a silbar para calmar a su gente.

Se escuchó una bofetada lastimera; luego, un crujiendo puñetazo. Los peregrinos voltearon. Se toparon con que el líder de los moradores estaba golpeando a su sublevado. Para el castigo, usaba una tabla plana en una mano, y el puño cerrado en la otra. Fue alternando estas armas de forma decidida, acaso guiado por la experiencia. El hombre alto retrocedía con cada embate, con la cara cada vez más desbaratada. La golpiza fue breve, pero atroz.

El castigado parecía ir acomodando la mejilla en turno, como si estuviera entrenado. Incluso después de dejarse caer, la vorágine siguió.

Trece veces se repitió la secuencia.

Con la cara destrozada, el hombre alto retomó la postura del resto de sus compañeros, soltó el arco a su vera y agachó la mirada. Gotas rojas caían cerca de las puntas de sus pies, sobre la tierra agrietada. Ahora su rostro se parecía más a la tierra.

Su líder volvió al lado de su esposa, para concluir el acuerdo interrumpido. El asunto los demoró un poco, pero al fin parecieron quedar de acuerdo.

La esposa del hombre se dirigió a sus huestes, y dijo que su esposo se sometería a una prueba. Entraría a las carpas. Si en verdad moría al contemplar la pintura, su gente tendría que dar las debidas ofrendas a los forasteros, y dejarles libre el paso hasta el otro extremo del cañón.

Sin embargo, si sobrevivía, los forasteros renunciarían a su carne. Su carne serviría de alimento a los moradores de la grieta, y sus huesos podrían ser entregados en un ritual, en celebración a

otro dios: el dios de los moradores, Síxir el Insaciable. Los huesos, ya desprendidos de su envoltura blanda, serían reanimados para defender un viejo altar, oculto en algún lugar de la estepa.

La fe de los peregrinos flaqueó. Alguno se acercó a la mujer que los lideraba. Le preguntó si estaba segura del trato. Le pidió que lo pensara bien, porque el trueque no parecía equivalente. Aquel hombre tendría una muerte rápida si fallaba. Pero si era al revés, ellos serían devorados (tal vez aún estando vivos), y además tendrían que padecer una eternidad al servicio de un dios que no era el suyo.

—Su dios no existe —dijo ella—. Si morimos, morimos y ya. Pero ni siquiera te preocupes por eso. El hombre va a fallar. Lo juro por mi alma.

Todos tomaron posiciones.

La líder de los viajeros le pidió al jefe de los moradores que entrara al palanquín ante las numerosas miradas, y que sacara la pintura al revés o de costado; que la sacara como mejor pudiera, de tal forma que solo él pudiera verla de frente.

El hombre aceptó los términos, y se acercó al palanquín. Entonces los sacerdotes se arrodillaron para que el invitado pudiera pasar. Y entró, pero ya no salió.

La líder lo llamó, pidiéndole que se mostrara de nuevo. No hubo respuesta. Se multiplicó la incertidumbre en cada uno de los presentes. Los ruidos, si los hubo, no se atrevieron a sonar. Unos buitres, que despellejaban algo en las tinieblas, a lo lejos, se fueron volando en silencio, como si entendieran el respeto.

Encarando a la multitud, la líder de los camelleros levantó los brazos y miró al cielo. Los creyentes vitorearon. Los destructores, humillados, comenzaron a dispersarse. Pero no todos

El hombre aceptó los términos, y se acercó al palanquín. Entonces los sacerdotes se arrodillaron para que el invitado pudiera pasar. Y entró, pero ya no salió. La líder lo llamó, pidiéndole que se mostrara de nuevo. No hubo respuesta.

ellos se fueron. Algunos pidieron permiso para entrar también al camastro ambulante. Y los dejaron pasar. Dos, tres... quince personas o más ya estaban dentro, sin que los sacerdotes se doblaran bajo el peso, sin que el espacio del palanquín limitara a las masas.

La muchedumbre volvió a celebrar afuera, extendiendo los brazos al cielo. La tibieza de la calma se derramó en los rostros de los caravaneros. Habían ganado.

Entonces una flecha incendiaria entonó su canto de muerte por encima de las cabelleras grasientas, golpeando en el pecho a uno de los cuatro sacerdotes que cargaban el camastro. Las ropas del sacerdote agarraron fuego, y él se desplomó, con borbotones de sangre en la boca. Dejó caer su esquina del palanquín mientras se retorció en el polvo. El palanquín se inclinó, pero nada se deslizó fuera.

La líder de los acarreadores de la Gran Obra hizo sonar su silbato. Pocos reaccionaron al sonido; estaban demasiado tensos, demasiado preocupados al sentir que la paz crujía como vidrio caliente arrojado al agua. La líder también se distrajo. Reconoció su propio miedo. Lo vio reflejado en los rostros que la acompañaban en aquel triste camino. Dejó caer el silbato, que quedó medio enterrado en el polvo suelto.

A lo lejos divisó al hombre de la cara ensangrentada, que

sonreía con el arco en la mano, detrás de una pira ardiente. Creyó reconocer en él, en sus rasgos desfigurados por los golpes, al extraño beduino.

Luego de unos segundos, ella notó por fin que el silbato ya no estaba en su mano. Gritó las órdenes entonces. Su séquito recobró el coraje e improvisó un muro de escudos.

—¡Fórmense! ¡Entren a la carpa! —ordenó ella, comprendiendo que morir a manos de su dios era mejor que morir a manos de otro.

Fue en vano.

Una segunda flecha incendiaria pasó por encima del bronce y del hierro, y rasgó los damascos del camastro velado, que empezó a quemarse.

Del pueblo caníbal no se sabe el paradero, pero una caravana deambula por la estepa al sur de Ístuveg, en una región conocida como el Altar de Síxir.

La pintura —única prueba innegable de la existencia del único Dios Ádhikar— nunca fue encontrada. Al creyente de hoy deberá bastarle la fe. **LPyH**

Luis Solano obtuvo mención honorífica en el Premio de Ensayo Innovación Educativa 2017, por su texto, que fue publicado en *Solo ensayo. Antología de jóvenes escritores. Volumen III*. En *La Palabra y el Hombre* publicó el cuento "Así se jugaba en Ánansvaat".